

CAPÍTULO III

EI TAJÍN

Una región puede estar delimitada según distintos criterios, pueden utilizarse criterios etnohistóricos, políticos, económicos, lingüísticos, entre otros. Para fines de este estudio utilizaremos el criterio lingüístico y consideraremos exclusivamente la zona costera del norte de Veracruz a la que nos referiremos como Totonacapan.

El festival Cumbre Tajín esta situado dentro de lo que algunos autores consideran como la zona costera de la región del Totonacapan moderno, cuyos límites han sido definidos por algunos autores como el área “en donde el idioma totonaco todavía se habla” (Kelly y Palerm 1952:250). Las comparaciones con los límites del Totonacapan del siglo XVI han mostrado una reducción de las fronteras de cómo las habían trazado Kelly y Palerm (1952) (Chenaut 1995:17). Por lo que más recientemente Emilia Velásquez (1995) elaboró un mapa en donde se observa a la población totonaca actual localizada en la costa veracruzana en la región de Papantla, para la realización de este mapa la investigadora se apoyó en datos lingüísticos de 1980 que coinciden ampliamente con los planteamientos de Kelly y Palerm.

La zona costera del Totonacapan se caracteriza principalmente por los lomeríos menores de 500 metros de cumbres redondeadas y pendientes suaves. Su costa es baja y arenosa por lo que no existen buenas instalaciones portuarias. El tramo costero que va de Tecolutla a Nautla, llamado Costa Esmeralda por el intenso color verde de las aguas marinas, recibe gran cantidad de turismo en sus hermosas playas. Su clima es cálido y húmedo y gran cantidad de ríos y arroyos dan su vital humedad a las tierras de los antiguos totonacos, donde crecen la selva alta y baja, los bosques de encino y los manglares costeros, lo mismo que los pastizales, los plantíos de diversas frutas y de caña de azúcar, sin olvidar la vainilla que ha dado prestigio a la zona. Además, los grandes caudales de agua dulce y salada proporcionan una gran variedad de recursos

pesqueros, desde mariscos como los camarones, las acamayas o langostinos, hasta peces como el bobo o el bagre. Característicos de la región son los elegantes palmares y los cultivos de naranja, limón y toronja cuyas perfumadas flores dan a la miel del Totonacapan el sabor de los azahares tan apreciado dentro y fuera de México.



Escala 1:1 500 000

Figura 9. Mapa de la costa norte de Veracruz: zonas aledañas al Tajín (Chenaut 1995:21).

Etimología de la palabra *totonaca*

No hay acuerdo entre los autores acerca de la etimología de la palabra “totonaca”. Las interpretaciones difieren dependiendo de si se le considera una derivación del náhuatl o del totonaco; en el primer caso, totonaco denota “poca capacidad o poca habilidad” (Sahagún 1982). Otra interpretación de la palabra como derivación del náhuatl es la que sustenta Krickeberg (1933) a partir de la forma verbal *tona* “hace calor”, “hace sol”, lo que alude a la población que habita en la costa tropical, con el nombre de “los calientes, los de tierra caliente”. Los que derivan al vocablo del totonaco, sostienen que *toto* significa “tres” y *naco* equivale a “corazón” en el dialecto del totonaco hablado en la

sierra alta de Papantla, y a “panal” en la variante dialectal de la sierra baja de Naolinco, lo que significa “tres corazones” o “tres panales”. Así, de acuerdo al Vocabulario Totonaco, la palabra *totonaco* podría traducirse por “tres centros”, porque así como el corazón es el centro de la circulación de la sangre, puede considerarse al panal como un centro en donde reside o afluye un pueblo de abejas, cuya acepción la aplicaron los primitivos totonacos, para significar, quizá, que su territorio se componía de tres Estados o Cacicazgos en cuyas capitales o centros residían los Caciques o Soberanos (Chenaut 1995:18). Esta referencia a los tres centros podría, según Kelly y Palerm (1952) relacionarse con las tres áreas dialectales del idioma totonaco.

Principales productos agrícolas

Antiguamente, la agricultura de la región era fundamentalmente de subsistencia, aunque los totonacos se encontraban ligados al mercado internacional por medio de la comercialización de la vainilla y otros productos importantes que se extraían de los montes del Totonacapan (Chenaut 1995:53), como el chicle, la cera trigüeña, el hule, las maderas preciosas como el cedro, zapote y palo del moral, que se cortaban en trozos y se sacaban por el río Tecolutla trasladándose por mar hacia Veracruz de donde eran exportadas hacia Estados Unidos y Europa.

La vainilla conocida en México desde tiempos prehispánicos fue el principal producto cultivado en la costa del norte de Veracruz a lo largo del siglo XIX. Durante este siglo, el comercio de la vainilla representaba uno de los mecanismos de explotación de la mano de obra indígena más importantes a través de la fijación del precio del producto que imponían comerciantes y beneficiadores (Chenaut 1995:58). Los “habilitadores” adelantaban dinero a los “cosecheros”, que de esta manera comprometían su cosecha. Este sistema de relaciones laborales conocido como la “habilitación”, se encontraba en uso desde la época colonial y consistía en que el capitalista proporcionaba al productor adelantos de dinero para sembrar y cosechar una producción determinada y al final de la transacción completaba el pago según las cantidades del producto que se entregaban.

Ello motivaba quejas por parte de los totonacos en cuanto a los bajos precios que se les pagaban por sus productos.

El maíz es otro de los productos fundamentales para la cosmología y la agricultura de la región (Chenaut 1995:65). En Papantla se siembra de forma alternada con la vainilla en un ciclo agrícola denominado rotación milpa-vainillar, que puede durar alrededor de 20 a 25 años. Al igual que el maíz la caña de azúcar constituye una de las principales fuentes de ingreso para los campesinos de la zona. Los totonacos adoptaron con entusiasmo el cultivo de la caña de azúcar, tanto en la tierra caliente como en la Sierra Norte de Puebla. En la actualidad localmente se acostumbra a moler la caña en trapiches hechos de madera dura de la región como zapote, ébano, moral o chijol; después se utiliza el jugo o miel en la elaboración de piloncillo para lo cual debe hervir durante largas horas en grandes pailas, vasijas redondas de metal.

Otro producto muy importante dentro de la región era el tabaco que durante la época colonial fue sujeto de un estanco por parte de la Corona Española, el “estanco real del tabaco” (Chenaut 1995:67). Con esto el gobierno de la Nueva España se convirtió en celoso guardián de estas disposiciones funcionando los guardias del tabaco para controlar su cumplimiento en distintas regiones, uno de ellos llamado Diego Ruiz, al cabo de su ronda, descubrió en 1785 las ruinas arqueológicas del Tajín mientras buscaba siembras clandestinas de tabaco en el monte. Otro cultivo importante sobre todo en la actualidad es el del café, el cuál se ha extendido a toda la Sierra Norte de Puebla, donde buena parte de la producción se encuentra en manos de los totonacos, que lo siembran en pequeñas parcelas con un minifundismo extremo.



Figura 10. Representación de los principales productos agrícolas de la región, Casa Xanath. Parque Temático, marzo 2004.

Cosmovisión, usos y costumbres

En cuanto a los usos y costumbres de las personas que habitan en esta zona, podemos decir que las imágenes producto de las etnografías que se han escrito acerca de la zona costal del Totonacapan obedecen al momento histórico en cual fueron realizadas y la mayoría nos muestran una visión romántica y uniforme de la forma de vida de sus habitantes. Son precisamente estas imágenes la fuente de inspiración de las principales representaciones dentro del festival Cumbre Tajín. Sin embargo, cabe señalar que las imágenes cotidianas de la región que pude observar durante mi trabajo etnográfico fueron muy distintas y fragmentadas, muestran una lucha constante por parte de los totonacos y habitantes en general por sobrevivir y por tomar el control de los recursos naturales dentro de la zona. Esta tensión es visible incluso durante los días de la Cumbre.

A continuación presentaré algunas de las características principales de los habitantes de las comunidades aledañas al Tajín que se destacan en las etnografías y que fueron retomadas por los productores del festival, mercantilizadas y llevadas a un escenario en donde son representadas por indígenas totonacos para el consumo de los visitantes.

La religión de las comunidades costeras otorga al sol, la tierra, el agua, los animales, el maíz y a otros fenómenos naturales una personalidad "divina". Existe el Dueño del Monte (Kiwik'olo), el Dueño del Sol (Xmalana Chichini), el Dueño del Agua (Xmalana Chuchut), el Dueño de la Tierra (Xmalana Tiyal), el Dueño de los Animales (Xmalana Takgalinin), el Dueño del Maíz y del Viento (Xmalana Kuxi), Guadarrama (1996) sincretizados en uno o varios Santos.

Al Dueño del Sol se le pide que las lluvias abundantes no afecten la cosecha. En la Danza de Santiagueros, el sol es asociado a Santiago, y al caballito. El Dueño del Agua está sincretizado con San Juan o San Miguel. También es dueño de los peces y se dice que si alguien pesca sólo por diversión o para una mujer que no sea la propia, el Dueño se enoja y esconde estos animales. San Miguel es también el Dueño de la Danza de San Migueles (Guadarrama 1996:190). Xmalana Tiyat es el dueño de las tierras de cultivo, se le conoce también como Santo Tierra y es representado por el Santo Entierro, de él dependen las cosechas y que las tierras permanezcan fértiles. San Antonio es el dueño de los animales salvajes y domésticos. A él rezan los hombres cuando salen a cazar. Al igual que el Dueño del Agua, San Antonio esconde los animales si la caza se realiza con fines de diversión o para otra mujer. Xmalana Kuxi es conocido también como Jubila (Guadarrama 1996:190). Se dice que el que mata una serpiente en la milpa es castigado por este dueño con vientos fuertes que derriban las matas de maíz; también es el Dueño de la danza de los Negritos. Kiwik'olo es el dueño de toda la tierra no cultivada (Guadarrama 1996:191). A él se le pide permiso para derribar los árboles en el terreno que se pretende convertir en tierra de cultivo.

Cada animal, cada planta, cada lugar de la tierra importante para ellos y cada actividad humana tienen un Dueño, a los que son considerados como personas se les representa como tales. Se les pide perdón o permiso para cazar y pescar, para limpiar el

monte, para sembrar y para danzar. Si se realiza una de estas actividades sólo para jugar los dueños se enfadan y castigan al infractor.

Otro elemento importante dentro de su cosmovisión es el de la casa totonaca, la cuál representa la imagen del mundo y cuyo centro es la mesa de las ofrendas. Los cuatro ángulos de la casa simbolizan los cuatro puntos cardinales. Antes de erigir una casa se hace una ceremonia, se entierra una ofrenda (mole y pollo) en cada esquina y en el centro del terreno. Estas ofrendas son para el Dueño de la Tierra, a quien se le pide permiso para construir la vivienda. En la época de enfermedades se coloca una veladora en cada uno de estos cinco lugares para proteger la casa, el dos de febrero día de la Candelaria, se llevan velas nuevas a bendecir para sustituir las anteriores (Guadarrama 1996:191). La mesa del altar también representa el universo, sus cuatro lados son los cuatro ángulos del mundo, y su techo construido generalmente de carrizo forrado de plástico o papel, la cúpula celeste. La puerta de la casa permite la entrada o salida de los hombres vivos pero también la de los muertos, el primero y dos de noviembre la puerta y el camino que llega a la casa son adornados con arcos de flores (Guadarrama 1996:192). Esta mística del lugar se puede observar también dentro de la Casa Totonaca escenificada en el festival Cumbre Tajín, donde se programan representaciones de actividades cotidianas, rezos, curaciones y ritos funerarios, entre otros, tal y como son retratados por las etnografías del siglo XIX.

Durante la Cumbre se llevaron a cabo escenificaciones de rituales Totonacos para que las personas conocieran más acerca de las costumbres de la región. Estos rituales mostraron muchas veces elementos importantes de la cosmovisión local, pero también muchas veces, se trataba de representaciones exageradas y maquilladas que no van acorde a las manifestaciones que se pueden observar en el día a día de una persona totonaca.



Figura 11. Un grupo de rezanderos hace la bendición del altar de la Casa Totonaca. Diariamente se llevan acabo ritual para que puedan ser apreciados por el mayor número de turistas posible. Parque temático, marzo 2004.

El temascal es otro de los rituales importantes en la región, es considerado una puerta sagrada por la cual los enfermos retornan al mundo purificados. Es tan importante para la vida cotidiana y tan atractivo para los turistas, que durante el festival Cumbre Tajín se designa un lugar específico dentro del Parque conocido como el Nicho de la Purificación, al que grupos de turistas acuden en busca de un masaje, alguna terapia de sanación, a hacer meditación, o a tomar un temascal. Lo interesante acerca de este lugar “exclusivo”, es que aún cuando los temascales son parte de la vida cotidiana de los totonacos, no fueron estos los contratados para llevar a cabo los rituales durante la Cumbre, sino personas de Tepoztlan, Morelos, que junto con los organizadores del festival manejan el “Nicho de la Purificación” como un tipo de “spa” (muy a pesar de algunos), en donde los turistas pueden elegir entre un sinnúmero de masajes, sanaciones y terapias de distintas corrientes y lugares del mundo para relajarse y adentrarse en la mística “espiritual” del festival. El Nicho de la Purificación es una de las atracciones principales del Parque ya que cada masaje, terapia o sanación cuesta aproximadamente 120 pesos por persona, por lo que es un foco de disputa constante entre “los locales” y “los de fuera”. Grupos de totonacos y brujos de la región reclaman

ser ellos los que transmitan este tipo de “sabiduría” a los turistas para poder ser bien renumerados, ya que las personas que trabajan en el nicho de la purificación reciben aproximadamente un sueldo de 1,000 pesos por día.



Figura 12. Nicho de la Purificación. Parque Temático, marzo 2004.

Otra característica importante de la cultura totonaca y parte medular de su cosmovisión son las danzas. Una de las más importantes, por lo menos para efectos del festival Cumbre Tajín, es la danza del Volador, la cuál tiene hondas raíces prehispánicas; formó parte de los “ritos de merecimiento” que se hacía con el fin de obtener prosperidad, salud y larga vida.

Se han hecho muchas interpretaciones sobre el simbolismo “del volador” que tienen implicaciones solares y cosmológicas. De hecho, en la terminología totonaca a los danzantes se les denomina “aquellos que vuelan” (*tsoqoqósnu*).

El vuelo es sin duda lo que otorga mayor originalidad a la danza considerada por diferentes autores como una plegaria al sol, asociada a ritos de fertilidad. Leonardo

Zaleta (1992) relata una leyenda que circula aún en la región de Papantla acerca de su origen.

Hace aproximadamente 450 años, en tiempos de una fuerte sequía que hizo padecer de hambre a estos pueblos, la sabiduría de los viejos encomendó a cinco jóvenes puros (célibes) localizar el árbol más alto y recio, cortarlo y usarlo en un rito que fuese una plegaria engarzada en música y danza con que agradar a los dioses; esta petición al dios Sol, debía realizarse en las alturas del árbol de la fecundidad, a fin de que fuera escuchada, y así solicitarle con fervor y humildad concediera lluvias generosas que devolvieran la fertilidad a la tierra, a los surcos, a los árboles y que toda la vegetación se vistiera de verde, de flores, de frutos, y quitaran a los hombres de padecer hambre y de penar (Chenaut 1995:202).

En este texto aparecen descritas a grandes rasgos, las características de la danza del Volador, ejecutada por cinco hombres en la cima de un árbol de más de 15 metros de altura. En la parte superior se coloca un carrete giratorio que sostiene un bastidor donde cuatro danzantes se preparan para volar sujetos por sogas. A su vez, el caporal toca con la flauta de carrizo y tambor el “Son de los Cuatro Puntos”. Los voladores se descuelgan con sus brazos extendidos llevando su cintura atada con cuerda que sostienen entre los pies. El caporal se sienta sobre el carrete ejecutando el “Son del Vuelo” o de los “Rayos Solares” (Chenaut 1995:202), con el que acompaña el lento descenso de “aquellos que vuelan”.



Figura 13. Grupo de voladores al terminar su participación en la danza del Volador, plaza central del Parque Temático, marzo 2004.

Otra de las características que se puede observar en las etnografías (Chenaut 1995:189) y que pude corroborar personalmente, es que la mayoría de las familias de la zona están compuestas por un gran número de miembros. La decisión de tener muchos hijos puede estar determinada por razones económicas o puede estar guiada por la necesidad de tener una numerosa descendencia, en especial varones, esto se relaciona con el hecho de que a través del matrimonio la mujer pasa a formar parte del grupo domestico de donde proviene el marido, residiendo allí durante algunos años. Mientras que el padre, por otro lado, debe asegurar la continuidad de la casa a través de los hijos varones. Los hijos mayores, una vez que han vivido algún tiempo con sus esposas en la casa paterna, se mudan a una nueva vivienda donde forman su hogar. Pero los hijos menores aunque sea casado no abandonan la vivienda de sus padres. El padre hereda al hijo o hija menor, mientras que la herencia de las tierras puede ser repartida en partes iguales entre todos los hijos.

En mi familia somos siete, tengo cinco hijos, lo malo es que son cuatro niñas y no pueden ayudar mucho a su papá porque el trabajo en la milpa es muy duro... ellas ahora están chicas pero Paty la más grande me ayuda con los animales y a llevarle la comida a su papá cuando está trabajando en el campo (Cándida, totonaca de 37 años, apuntes de campo).

Ya estoy casada, vivimos en la casa de la familia de mi esposo porque tengo que ayudarle a mi suegra, ella ya está grande y como José mi esposo es el más chico de sus hijos pues me tengo que quedar, pero luego que tengamos para un terrenito nos vamos a otro lado más grande...Mi esposo quiere vender materiales para construcción (Maria Soledad, totonaca de 24 años, apuntes de campo).

Sistema de cargos

Otra característica importante dentro de la cultura totonaca es la manera en como se lleva a cabo la organización de las fiestas principales, la cuál depende de un grupo de hombres que pertenecen al sistema de cargos o "cuadrillas", que aseguran las actividades religiosas de cada comunidad (Guadarrama 1996:194). Es un sistema jerárquico en el que alguna vez estuvieron fundidas la organización religiosa y la política, y está integrado por los Fiscales, Mayordomos y Caporales de los grupos de danza que forman el Consejo de Ancianos.

El sistema de cargos está encabezado por el “Fiscal Mayor” o “Fiscal Primero” y por su suplente, el “Fiscal Menor” o “Fiscal Segundo”, quienes forman la primera cuadrilla. Son nombrados cada año durante las fiestas patronales y entran en vigor la primera hora del primer día del año (Guadarrama 1996:194). El Consejo de Ancianos selecciona al Fiscal entre personas con ciertas características. Debe de haber pasado por todos los cargos anteriores y ser un hombre de edad madura. Como símbolo de su autoridad este fiscal tiene un bastón de mando. Sus funciones principales son dirigir y vigilar la organización de las fiestas religiosas durante un año; cuidar y mantener el templo; ayudar al cura en los servicios religiosos. Cuando termina su cargo el fiscal vuelve a formar parte del Consejo de Ancianos y su autoridad es respetada por todos.

La segunda cuadrilla estaba formada antiguamente por sesenta Fiscales Mayores; al parecer es un cargo en extinción (Guadarrama 1996:194). Los Fiscales Mayores se encargaban de invitar y organizar a los grupos de danzantes y músicos antes de las fiestas, y de asegurar su alimentación durante estas. Se escogían entre los que ya habían sido Bastoneros (cargo inmediatamente inferior). Su desaparición obedece a cuestiones económicas, y esto ha provocado que, a veces, los grupos de danza rechacen invitaciones por no tener resuelto el problema de la comida y el hospedaje en la comunidad que se realiza el festejo.

Los Bastoneros forman la tercera cuadrilla. Son doce personas escogidas por los Fiscales; deben ser jóvenes y recién casados (Guadarrama 1996:195). Reciben órdenes directamente del Fiscal Primero y sus actividades consisten en ayudar al mantenimiento del templo.

Otra cuadrilla dentro de este sistema es la de los Mayordomos, escogidos también cada año por el Consejo de Ancianos. Su trabajo consiste en organizar y financiar la fiesta. Hay un Mayordomo por cada santo del calendario ritual y para cada día de la fiesta patronal.

Los danzantes son parte de este sistema religioso. Se dice que antiguamente todos los jóvenes de dieciocho años tenían que cumplir una promesa de cuatro años participando en alguna danza (Guadarrama 1996:195). El cargo de Caporal es el más

alto dentro de la jerarquía. Los Caporales son miembros importantes dentro del Consejo de Ancianos, junto con Mayordomos y Fiscales.

Explico este sistema con detenimiento para hacer de su conocimiento la complejidad de la organización existente en las comunidades aledañas al Tajín en cuanto a la celebración y organización de fiestas se refiere, ya que uno de los conflictos que se han generado a raíz del festival de Cumbre Tajín se debe precisamente a que los organizadores del festival no han tomado en cuenta, salvo casos excepcionales el sistema de cargos existente para llevar a cabo las invitaciones de los talleristas y danzantes así como las consideraciones respectivas en cuanto a quien debe y como organizar la estancia y comidas de los participantes dentro del festival. A los participantes se les ha contactado a través de líderes locales con influencia política, como es el Sr. Don Juan Simbrón, jefe del Supremo Consejo Totonaco, y contactos que se han ido formalizando al transcurso de los años. Así, aunque se ha buscado a los indígenas más conocidos y experimentados en su rubro, se ha hecho caso omiso del sistema de cargos existente tan importante para la vida cotidiana de las comunidades.

Incluso las personas que trabajan para Culturas Populares han reclamado el derecho de ser ellos los que elijan a los participantes para evitar conflictos o para evitar que los que ya existen se agranden. No les parece apropiado que “venga gente de fuera y elija a los mismos que participan cada año porque son los amigos de Don Juan y Don Lupe”. Según ellos esto ha generado divisiones entre las comunidades y sus familias porque no se da oportunidad a que los beneficios de este tipo de eventos se distribuyan de manera un poco más homogénea.

El problema con la organización de la Cumbre es que traen gente de afuera que no conoce muy bien la dinámica de la región, aquí tienen un sistema para organizar las fiestas y sobre todo las danzas muy bien establecido, cuando estas personas llegan invitan a participar en la Cumbre a quienes ellos consideran deben participar pero hacen caso omiso de este sistema de cargos. Es entonces cuando empiezan los conflictos y los reclamos por parte de las comunidades (Aura Vazques, trabajadora de Culturas Populares, apuntes de campo).

Los habitantes de la comunidad del Tajín reclaman su lugar y piden ser ellos los que sean invitados a participar. Lo mismo ocurre con las personas de la comunidad de Ojital,

Nuevo Ojital, congregación Plan de Hidalgo, entre muchas otras cercanas e incluso de la Sierra incluyendo los centros urbanos de Poza Rica y Papantla.

Tenemos una organización que funciona como un sindicato de voladores y entre nosotros nos ponemos de acuerdo para ver quien vuela en la zona y en el Parque Temático y que días...Lo que no me gusta de Cumbre Tajín es que luego ya lo tenemos todo organizado pero llegan y cambian todo, no toman en cuenta lo que habíamos hecho nosotros solos (Wenceslao, totonaco de 45 años, apuntes de campo).

Otro de los factores de conflicto, en cuanto a la organización se refiere, han sido los sueldos, ya que al inicio del Festival Cumbre Tajín en el año 2000 los sueldos de los participantes de la Cumbre fueron bastante altos con la intención de que no hubiera ningún problema ni incomodidad por parte de los habitantes de la región para poder llevar a cabo el festival. Pero a partir de ese año los sueldos y los beneficios han ido disminuyendo.

Antes recibíamos las tres comidas aunque sólo danzáramos un ratito. Ahora nada más nos dan una y luego te puedes quedar si quieres dentro del Parque, pero nosotros nos vamos porque todo es muy caro y hay que salir a trabajar para poder ganar suficiente para la familia (Wenceslao, totonaco de 45 años, apuntes de campo).

Al principio nos pagaban más y hasta las comidas, las tres comidas, ahora nos pagan sólo la del día que trabajamos. No está bien porque somos los que sabemos más y eso no nos lo toman en cuenta, luego por eso agarran chamaquitos que cobran menos pero saben menos... Cumbre Tajín está bien pero lo que no me gusta es que no nos den las tres comidas (José, tallerista de tejido de palma de 67 años, apuntes de campo).

Revueltas en la Zona

A lo largo de la historiografía de la región se puede observar que los Totonacos son personas que a lo largo del tiempo han luchado y se han adaptado. No han sido meros espectadores de las transformaciones que han ocurrido, sino actores que activamente tomaron decisiones con el objetivo de participar en los cambios o retraerse de ellos, siendo numerosas las estrategias que utilizaron para garantizar su reproducción como grupo social.

La rebelión fue uno de los caminos que siguieron para intentar la resolución de las fuertes tensiones sociales que se generaban; no debemos subestimar la capacidad de

resistencia y respuesta violenta por parte de los totonacos, ya que han sido numerosas las rebeliones documentadas desde las revueltas que ocurrieron en Papantla a fines del siglo XVIII, centradas contra el sistema fiscal y los abusos del poder virreinal, hasta el movimiento Gasquista de 1961 en la Sierra de Papantla (Chenaut 1995:190). Ello remite, desde los últimos años coloniales hasta el presente, a la concepción que los diferentes grupos mantenían sobre el orden social, así como de la compleja adaptación, integración, rechazo y resistencia, que ha definido las relaciones entre los totonacos y la nación. En todas las diferentes rebeliones en las que participaron los totonacos se destaca su intervención para defender sus derechos, su identidad y la base que la hace posible: la tierra.

Las revueltas se originaron principalmente como resultado de los conflictos por los recursos comunitarios, los puestos oficiales y la distribución de la carga fiscal (Chenaut 1995:190), casi siempre los asuntos de impuestos se mezclaron con los problemas electorales, así como con las actividades de los oficiales y los curas españoles.

Una de las rebeliones más importantes se llevó a cabo en 1813 por el totonaco Serafín Olarte que comenzó a luchar por la independencia de la sierra de Coyuxquihui, lugar que le servía de refugio junto con sus hombres armados, y donde se mantuvo a la defensiva hasta su muerte ocurrida en 1820 (Escobar 1996:66). Luego de la muerte de Serafín Olarte su hijo Mariano sostuvo la lucha hasta la declaración de la Independencia de México.

La vida militar de Mariano Olarte continuó durante los años siguientes, y a partir de 1834 tuvo gran autoridad entre los indígenas. Empleo el poder de sus influencias para proteger a los totonacos de los abusos de los que eran objeto por parte de los gobernantes, hasta el punto de que se convirtió en el líder de la rebelión totonaca de 1836-1838 (Escobar 1996:67). A la rebelión de Mariano Olarte le atribuyen las siguientes causas: 1) El descontento de los indígenas ante el hecho de que el ganado de los terratenientes invadía sus tierras de labor con la consiguiente destrucción de los sembradíos; 2) las acusaciones de que el administrador de aduanas hizo a los campesinos de haber introducido contrabando de armas por la barra del río Tecolutla; 3)

la prohibición para celebrar las tradicionales procesiones indígenas de Semana Santa, dictada por el Obispo de Puebla; 4) el estanco del tabaco; y, 5) la incidencia de los movimientos federalistas así como los malos tratos a los que sometían a los indígenas los habitantes españoles de Papantla.

Se puede decir que la opinión generalizada de la historiografía fue que el movimiento Olartista fue motivado por los problemas de la tierra (Escobar 1996:67), pero lo que nos muestra la documentación es que el movimiento fue posiblemente manipulado por sectores locales para lograr beneficios para otros sectores oligárquicos, no hacia los sectores campesinos.

Otra rebelión importante fue la de Juan Nepomuceno y Manuel Herrera en 1847, quienes se levantaron bajo el Plan de Amatlán en Papantla (Chenaut 1995:191). Este plan pretendía combatir varias de las causas de la explotación a la cual eran sometidos los indígenas y campesinos. Se proponía que el pueblo tuviera libertad de elegir a sus gobernantes, que se declarasen comunes las tierras de las haciendas, se prohibiera el pago de tributos y gabelas, así como del cobro que realizaban las parroquias entre otras cosas.

La tenencia de la tierra

Otra fuente constante de conflictos violentos en la región ha sido la forma de tenencia de la tierra, así como las estrategias que han tenido que desarrollar los totonacos para enfrentar el problema de la privatización de las tierras comunales (Chenaut 1995:192). Esta lucha por la tierra ha definido a la región "identitariamente". Por esto es importante explicar un poco como se ha venido desarrollando este proceso.

El "condueñazgo" fue la forma de reparto que predominó en buena parte de la zona. Para tener derecho a esta propiedad los jefes de familia debían de ser miembros de la comunidad indígena. En cada uno de los lotes había un número determinado de accionistas y condueños, determinados así porque no tenía propiedad privada sobre la

tierra, sino propiedad colectiva (Chenaut 1995:128), pudiendo vender los derechos o las acciones adquiridas sobre la misma.

Así, las tierras fueron divididas en 25 grandes lotes por las comisiones deslindadotas, quedando al centro la cabecera o ejido de Papantla (Chenaut 1995:129); no existía aquí todavía la condición legal de propiedad privada de la tierra para un individuo en particular. En este tipo de condueñazgo, cada quien cultivaba la tierra en los espacios que había ocupado en la antigüedad, siendo posible rotar los cultivos en el interior del lote al que se pertenecía.

En cada uno de los 25 grandes lotes o condueñazgos se había destinado un área como fundo legal y centro del poblado (Chenaut 1995:130), aunque el patrón de poblamiento disperso de los totonacos y el sistema de agricultura itinerante de roza que practicaban no favoreció la concentración de la población en el fundo legal, porque preferían vivir junto a la parcela que cultivaban.

En Papantla la falta de tierras disponibles para los hijos de los condueños, la especulación a la que dio origen la “notificación”, los altos impuestos que cobraba el gobierno y la sequía. Provocaron una serie de levantamientos totonacos que se sucedieron entre los años de 1885 y 1906 (Chenaut 1995:136). Estos tuvieron como factor común la defensa de la tierra y de la identidad totonaca.

Posteriormente, los 25 grandes lotes o condueñazgos de Papantla fueron divididos en parcelas individuales entre los años de 1893 y 1898 (Chenaut 1995:142). Se entregó a cada condueño el título de propiedad de su parcela. De esta manera se constituyó legalmente la propiedad privada de las tierras que habían sido comunales en Papantla.

Esto no impidió, sin embargo, los abusos y despojos por parte de las autoridades hacia los totonacos. Las dificultades para realizar el fraccionamiento individual derivadas de la resistencia y la oposición armada de los totonacos se vieron incrementadas por enfrentamientos entre los mismos condueñazgos debido a que no estaban claramente fijados los límites de cada parcela al interior de los lotes. Se compraron derechos o acciones con lo que se produjo gran especulación sobre la tierra y la carencia de

derechos por parte de los hijos de los condueñazgos que eran niños cuando sus padres recibieron los grandes lotes, lo que hizo las cosas aun más difíciles.

Debido a esto, los totonacos se dividieron en dos bandos o grupos, los "leales o gubernistas" y los "insurrectos o descontentos" (Chenaut 1995:144), encontrándose en este ultimo grupo aquellos que habían vendido sus acciones o los hijos de condueños que no tenían tierras. Esta división entre los totonacos dio origen a numerosos enfrentamientos entre los mismos indígenas ocasionando muchas muertes.

A consecuencia del proceso de división y fraccionamiento, la tierra se convirtió en una mercancía, lo que desató la especulación sobre la misma. Buena parte de la fuerza campesina de trabajo quedó separada de su medio de producción, pasando a engrosar las filas de los trabajadores sin tierras que se incorporaron a haciendas y fincas. Se produjo entonces un proceso de concentración de las tierras desamortizadas que eran adquiridas por terratenientes y compañías petroleras como la Compañía Mexicana de Petróleo "El Águila" de capital inglés.

La venta de tierra desamortizada que pertenecía a los indígenas fue tan basta que para 1910 ya se había vendido 885 propiedades (Chenaut 1995:146) que en su conjunto totalizaban 19154 hectáreas correspondientes al 31 % de los terrenos desamortizados.

Mientras tanto, en la costa totonaca se formaron grandes haciendas como la de Larios y Malpica que a finales del siglo XIX llegó a poseer 33017 hectáreas (Chenaut 1995:149), el dueño era el español Manuel Zorrilla, el cual se dedicaba a la cría de ganado, cultivo de tabaco y vainilla.

Los indígenas y campesinos que trabajaban en la haciendas tenían que pagar tres tipos de rentas; en especie, en trabajo y en dinero. La vida en las haciendas era muy dura y los campesinos e indígenas eran prácticamente esclavizados, por lo que cuando la compañía petrolera "El Águila" instalo un campamento de trabajo en Palma Sola, que en año de 1932 se trasladó a Poza Rica (Chenaut 1995:163), muchos campesinos e indígenas se sumaron a los trabajos de explotación de petróleo, aunque en condiciones desventajosas con respecto a los obreros ya experimentados en cuestiones petroleras. Así, el campesino indígena que provenía de la Sierra de Papantla y de la Sierra de

Puebla, muchas veces monolingüe, se incorporó a las tareas peor pagadas que ofrecían los contratistas de "El Águila".

La situación de los campesinos que trabajaban en las haciendas y fincas de propiedad particular presentaba marcadas diferencias con la de aquellos que se había convertido en dueños de su tierra durante el proceso de desamortización (Chenaut 1995:164). Estos totonacos propietarios descendientes de los antiguos condueños seguían teniendo cultivos tanto comerciales como de auto subsistencia, lo que les permitía cubrir sus necesidades básicas. En cambio, la situación de los trabajadores agrícolas de las haciendas era de total dependencia del latifundista, sujetos a la raya y con escasos ingresos monetarios.

Durante todo el siglo XIX se vivieron una serie de transformaciones que estuvieron vertebradas por el eje de la modernización y el cambio social, procesos que encontró su punto culminante durante los años del régimen porfirista (Chenaut 1995:225). Como consecuencia de ello se modificó la estructura de la sociedad colonial, acelerándose la aculturación de la población totonaca. Así mismo, se acentuaron los patrones diferenciales que había caracterizado tanto a los totonacos de la sierra, como a los de la costa, debido a que la sierra continuó siendo el reducto en donde se refugiaron los totonacos.

La cuestión de la tenencia de la tierra fue central en la problemática sociopolítica del Porfiriato en la costa totonaca. Como en pocas regiones del Estado, la tenaz resistencia que opusieron los indígenas a la división de sus tierras comunales se encuentra en el núcleo de la explicación de la mayoría de las causas de las rebeliones y movimientos de protesta que ocurrieron en la región en el último cuarto del XIX.

Las rebeliones de la costa totonaca en estos años muestran la necesidad imperiosa del gobierno de someter a los indígenas rebeldes con el objetivo de hacer efectiva la aplicación de las leyes sobre la división de los terrenos comunales. De esta manera, se consolidaría el orden jurídico de la modernidad y se cumpliría una condición básica para la libre compra venta de las tierras en el mercado capitalista (Chenaut 1996:96). Desde este punto de vista, se puede sostener que en este periodo se produce una extrema

tensión (expresada en violencia), entre la legislación y las costumbres sociales a quienes aquella se aplicó.

En el discurso oficial progresista de la época, los totonacos son descritos como grupos sociales incapaces de tomar decisiones propias, sujeto a la manipulación de las personas sin escrúpulos que los incitaron a desafiar la ley. De esta manera las rebeliones se muestran como resultado, no de las condiciones de vida y de la resistencia a las políticas gubernamentales, sino de engaño a la que eran objeto los totonacos; con ello se buscaba descalificar aludiendo a su incapacidad. Era la lucha del “civilizado” contra el “salvaje”.

Posteriormente Venustiano Carranza, con la intención de restar simpatías a Zapatistas y Villistas, prometió a los indígenas la restitución de las tierras comunales a su estado anterior. Sin embargo, esto no ocurrió. Trascurrieron más de 40 años para que la Comisión Agraria Mixta atendiera el reclamo, pues no fue hasta 1960, cuando se practicó la diligencia censal, que resolvió realizar la dotación de los campesinos sin tierra (Blanco 1996:116). Sin embargo, la división de las tierras comunales era una obligación irreversible que el gobierno de la Revolución no iba a alterar, a pesar de las expectativas de los campesinos.

Durante el siglo XX los totonacos se encontraron inmersos en un doble proceso que afectó las bases estructurales sobre las que habían realizado la apropiación de los recursos naturales, por un lado, un nuevo mapa de tenencia de la tierra, motivado por el desmembramiento de las haciendas y tierras comunales, así como por el surgimiento del nuevo ejido agrarista. Por el otro, desde la década de 1970 fueron partícipes de los cambios que se produjeron en el uso del suelo. Esto implicó que se redujeran los cultivos tradicionales de autoconsumo y de vainilla, y que aumentara la superficie dedicada a cítricos, café y pastos para la ganadería (Chenaut 1995:227), lo que intensificó la tala del monte y la depredación del medio ambiente.

En la actualidad existen conflictos importantes en cuanto al uso de suelo en la zona a raíz del Decreto de “la poligonal”, área geográfica delimitada, en donde, según estudios, existen restos arqueológicos, por lo que en caso de que algún habitante del lugar quiera

llevar a cabo cualquier tipo de construcción debe notificar al Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien, a su vez, se encargará de hacer una investigación para saber si efectivamente existen restos arqueológicos en la zona. Si resulta que no existen, se permite construir sin mayores intervenciones, pero en el caso contrario se impide la edificación. Esto genera conflictos ya que los totonacos reclaman el derecho de disponer de sus terrenos.

Existen actualmente dos elementos característicos del paisaje de la llanura costera; El sitio arqueológico “El Tajín”, y los pozos y la refinería para la extracción e industrialización del petróleo. El primero de ellos es una muestra del derecho histórico que tienen los totonacos sobre sus tierras, aunque para conservar una parte de estas hayan tenido que resistir políticas gubernamentales, incluso mediante la violencia. El segundo, la relativamente joven ciudad de Poza Rica y las instalaciones de PEMEX, encarnan el proyecto fallido de un país industrial en manos de mexicanos, y de una clase obrera organizada e independiente.

La vainilla

La extracción de vainilla era la actividad más redituable en las haciendas para la naciente burguesía regional, compuesta por mestizos acomodados y un buen número de extranjeros como era el caso de los españoles, franceses e italianos. Existía una división del trabajo claramente delimitada; si bien la mayoría de los totonacos eran productores de vainilla, el beneficio, así como su comercialización en el mercado externo, estaba en manos del grupo de mestizos y extranjeros (Chenaut 1995:174), que en el siglo pasado supieron mantener y ampliar su poder político y económico en la región.

Fueron tres franceses de Jicaltepec quienes introdujeron en México la técnica de la fecundación artificial después de un viaje que hicieron a Francia en 1877, en donde observaron plantas de vainilla que habían sido fecundadas artificialmente. Gracias a esta polinización artificial, el cultivo de la vainilla en la región comenzó a tener problemas debido a la competencia que existía con las colonias francesas cercanas a Madagascar,

la que se caracterizaba por su gran rendimiento y bajo costo de producción ocasionado por los reducidos salarios (Chenaut 1995:175). Ello determinó su descenso en los precios internacionales que desalentó el cultivo de México.

Desde el año de 1920 México fue solo el productor del 15% del total mundial. Sin embargo, el cultivo de la vainilla ocupa ahora en Papantla el 26.8% del total de los productos cultivados con frutales y plantaciones de ciclo largo. La razón por la cual en el municipio de Papantla se ha mantenido el cultivo de la vainilla, reside en la fuerte tradición totonaca aquí conservada (Chenaut 1995:175). Como sostuvieron los antropólogos Viqueira y Palerm (1954), la vainilla permitió a los totonacos tener una economía de relativa abundancia que, combinada con la riqueza natural del medio, facilitó la concentración de bienes que se considera deben ser exhibidos, compartidos y consumidos ritualmente.



Figura 14. Fecundación a mano de la vainilla, 1922. Fotografía de José Buil Berenguer, Archivo General del Estado de Veracruz, Fondo Papantla, Colección Juan Manuel Buil Güemes (Chenaut 1995:173).

La geografía y el paisaje totonaco se han transformado. Se acabó el paisaje dominado por los Quihuikolo. De las 7 558 hectáreas que existían de bosque en 1950, sólo se reportaron 1844 en 1970 y para el censo de 1980 ya habían desaparecido (Chenaut 1995:165). En veinte años se destruyó cerca del 75% de los bosques, mientras que los potreros fueron en aumento (Blanco 1996:123). Ahora existe un 25% de propiedad ejidal, frente a 75% de propiedad privada.

Consideraciones finales

A manera de conclusión podemos decir que la dimensión étnica de la región se manifiesta en el compartir prácticas sociales y utopías entre aquellos que consideran como formando parte de un “nosotros” (Bonfil 1981); un ritual, un modo de apropiación del espacio o una revuelta popular contra las autoridades, son algunas de las expresiones de dicha identidad (Chenaut 1996:218). Se deduce de esto que la historia regional no se agota en las relaciones de clase y en las políticas de poder que aquí se ejercen.

Más allá de ello indígenas y campesinos han mostrado una rica dimensión de su vida social, apoyada en valores y normas compartidos, en símbolos, rituales y prácticas. Estos valores que dieron sustento a la etnicidad se expresan en los procesos de resistencia a través de los cuales se recuperan, crean y recrean ciertos espacios sociales y regionales que se consideran propios. El concepto de resistencia, o adaptación a la resistencia como lo denomina (Stern 1990), puede resultar adecuado y una fructífera guía de análisis para comprender y analizar la tensión entre nación y región. Los modos que asume históricamente dicha resistencia están definidos por las especificidades sociales y culturales de las sociedades en cuestión (Adas 1986).

La homogeneización que impuso el Estado en la región no impidió que los totonacos ejercieran de diversas maneras, su condición de actores sociales, ya que como ya se mencionó, participaron activamente en la toma de decisiones con el objeto de incidir en los cambios o retraerse de ellos, según se presentaran las condiciones.

Así, una mirada histórica a la vida de los totonacos muestra que el cambio y la persistencia son aspectos contradictorios pero complementarios que formaron parte ineludible en las dinámicas históricas y sociales de su historia.

Esta historia es de un grupo étnico que ha defendido su identidad y los valores de su cultura, a veces a favor del cambio, otras en contra o al margen de él, pero siempre como una búsqueda consiente y activa de nuevas opciones.

